

Recuerdos acalorados

— Ya no puedo más. ¡Qué calor!

— Aguanta, faltan como dos kilómetros para llegar al hotel...

— De verdad, se me sale el corazón.

Las gemelas se detienen. La espalda de Mariela, recargada sobre un muro, se derrite sobre las largas piernas hasta acabar sentada. Marianela, los brazos en jarra, la contempla. Ambas jadean.

— Mariela, hay que seguir... Todavía falta bañarnos. Acuérdate que va toda la parentela a desayunar y la abuela es súper puntual.

— Un minuto. Lo juro.

Marianela se pasea frente a la vitrina donde se detuvieron. Flores de porcelana, lámparas de mil formas, mesas de patas torcidas, cajas de todos tamaños y formas; relojes de cucú, y cuadros, muchos cuadros. Uno, encima de un escritorio, confina su atención.

— Listo, vámonos —ordena Mariela.

— Mira, Mariela, ese hombre en el cuadro.

— Órale, se parece al abuelito Manuel.

— Sí, hay una pintura parecida en casa de tía Manush, es más, juraría que es la misma...

El escrutinio se interrumpe por una voz cantarina que no oculta su origen costeño. Al girarse, descubren que bajo el delantal hay una bronceada escultura cincuentona que sostiene una escoba.

— Buenos días jovencitas deportistas. ¡Qué lindas, son gemelas! Todavía no abro la tienda. Pero si quieren, pasen a echar un vistazo. Tengo preciosidades y no se cobra por ver...

— Gracias, pero tenemos prisa —responde Mariela.

— No tanta, entremos, sólo unos minutos. —Marianela dirige a su hermana un guiño de complicidad.

— Adelante, dense una vuelta mientras les traigo cafecito —tercia la dueña de la tienda.

— Agua, si no es molestia —se atreve a pedir Mariela.

En efecto, el laberíntico recorrido les muestra infinidad de primores. Marianela sostiene una cajita de forma circular con una llave abatible debajo.

— Aquí les traigo su agüita. —La costeña señala la caja—. Ábrela, funciona como nueva.

Obediente, Marianela se apresura a abrirla. Tan-tan-tara-tarara-tan-tan, se escucha la típica canción de circo. Marianela se maravilla cuando cobran vida los personajes.

— ¡Qué tal los payasitos! ¿A poco no son hermosos?

— ¡Qué belleza! ¡Bailan idéntico mientras giran! Nunca había visto algo así —confiesa Marianela.

— Y la tengo a un precio que te va a encantar.

— Gracias, pero no traemos dinero —informa Marianela.

— Pero pueden volver por ella... Y por cierto, ¿dónde anda tu hermanita?

— ¡Acá estoy! Ven, Marianela —grita Mariela oculta detrás de espejos, esculturas y jarrones apilados.

Marianela sigue a la mujer hasta el estrecho pasillo del cuadro. Las tres lo contemplan. Mariela se recarga en un estante para permitir el paso a su hermana. La mujer las mira desde atrás.

— Ese cuadro es lo único que no está a la venta. Es mi macho. A él le debo todo. Se lo mandó hacer con un pintor que estaba de moda cuando me conoció. Estuvimos juntos veintiocho años. ¡Veintiocho años amándonos cada día! Lo extraño tanto... ¡Ah! Pero, ¿por qué les cuento eso? Sólo admírenlo, qué guapo era.

— Sí, guapísimo. Oiga, de casualidad, ¿su macho no tenía un gemelo? —pregunta Mariela.

— ¡Sí! A ver, se llamaba...

— ¿Manuel? —interrumpe Mariela.

— No, Emmanuel era su hermano. Manuel era mi macho.

— Y nuestro abuelo...

MUESTRA CON PERMISO DEL CLIENTE